

## ***“Vienen por mí”*: furor de cuerpo/habla travesti de Claudia Rodríguez**

**Gilda Luongo**

Universidad de Chile

*gildaluongo@gmail.com*

“Sabor a mí” está ubicado en la esquina de Purísima con Antonia López de Bello, barrio Bellavista. Es la primera vez que entro a este bar que es reconocido como de “lelas” (alguna compañera feminista diría que esto era lo que me faltaba para coronar mi conversión). Es un espacio con doble puerta de entrada, lo que llama mi atención. No es muy amplio. Un espacio dividido por un tabique, una división a manera de separación de ambientes. No obstante esta pandereta divisoria abre una especie de pasaje que permite, a quien quiera, desplazarse de uno a otro sitio. Tiene un escenario pequeño que puede ser visto desde cualquier lugar. Carece de luz natural. Una entra y ya es de noche. Hay un segundo piso que no es tal, es más bien una especie de terraza interior a la que se accede a través de una escalera de fierro forjado, caracola antigua, pintada de blanco. El espectáculo tendrá lugar en todo este espacio, entre las mesitas. No habrá escenario a la manera conocida. Esta producción artística de Claudia Rodríguez se vuelve anhelo para nuestra sed de más de lo suyo, de ese sello ardoroso que la artista, escritora, activista feminista ha impreso, –con su trayectoria creadora versátil–, en el medio cultural chileno. Su equipo de trabajo está conformado por la directora Andrea Freund; Paty Ruiz, productora del espectáculo; Daniela León, asistente de producción/medios y Jangel Mota en diseño gráfico y audiovisual.

Espero a mi amiga bella, Rosario Fernández, para conversar de lo humano y lo divino antes de que empiece la función. Dos mujeres ataviadas para el baile flamenco ensayan en una tarima de madera especialmente para su show. No prestamos atención a ello. Hablamos

de nosotras. Así es como nos acogemos y brindamos las feministas cómplices. Pedimos vino y unas empanadas. Llega Paty Ruiz a la mesa. Nos abrazamos larga, amorosamente allí. Cambiamos unas palabras. Luego aparece Julia Rojas, amiga feminista de amar. Hace tanto que no nos vemos. Es una delicia entregarse al evento artístico entre hermosas mujeres, somos tan diferentes, pienso con dicha. Paty anuncia el show. Las mujeres bailadoras de flamenco se preparan para su baile. Una vestida de rojo y la otra de negro. Una coreografía poderosa. Una música de guitarra y una voz ronca de mujer que canta así, en ese tono gitano cautivante. No sigo la letra, sólo la música y la partitura coreográfica que expone a dos figuras femeninas potentes me toman. Finaliza este número y de pronto, sin aviso, desde atrás, rompe el silencio un sonido gutural, no es un habla humana, es un intento desgarrado de sonidos, ni siquiera alcanza a ser un balbuceo, leo un fallo dramático en la decibilidad; en su tono de lamento distingo intensidades de diverso tipo, no puedo descifrar esas articulaciones de lo imposible, lo monstruoso que pareciera pedir atención, comprensión de lo perturbador. Logra su cometido. Me estremece como imposibilidad, como anuncio de aquello ininteligible. ¿Recordaré el dolor de un silencio obligado, acaso su opresión? De pronto aparece la figura humana. Una sujeto ataviada con traje pomposo, algo de organdí o encaje, estilo victoriano, con doble falso en la falda, todo en tono rojo. “Profundo carmesí”, pienso en el perturbador filme de Ripstein.



¿Quién es esta figura humana con voz alterada y que simula a una mujer? El cuerpo entero está cubierto por el ropaje, solo el generoso escote del vestido deja entrever los pechos grandes, teñidos de unos visos rojo sangre, como el vestido. Cuerpo femenino ensangrentado, me digo. Son senos enormes. El ruido animal, ininteligible que sale de su boca dura un buen trecho, mientras la figura enrojecida se despliega en el espacio y pareciera interpelar al público. De pronto, al fin, surge el habla humana. Al mismo tiempo la cabeza cubierta por un velo se descubre y deja ver el rostro de una mujer madura, unos ojos grandes con pestañas postizas azules, muy largas (anhelo de muchas). El viso muy maquillado en tono rosa blanquecino. Las cejas construidas a lápiz casi copando la frente, lindando con el cabello erizado, las mejillas sonrosadas, el pelo en un tono amarillo, escarmenado y dejado así, en un disparo de pelaje, como gata alzada. Los labios rojos anaranjados, una boca grande que gesticula ampliamente y pronuncia bien las palabras, cada palabra es una arma cargada, su disparo, un intento performático rotundo; los dientes pequeños, esa frontera de los besos, lucen amarillos. La voz fuerte declama asuntos sobre los que habla una travesti, cómo se presenta una travesti, cómo se espera a una travesti, cómo se desea a una travesti. El cuerpo se desplaza entre las mesas, lo copa todo. De pronto se pierde de mi vista y escucho solo la voz profunda con ese tono entre macho y castrado que es la voz de lo monstruoso que deviene femenino, mujer para ser cada vez más mujer, la simulación, la travesti, la trans, ¿qué otra cosa somos sino el intento vano de parecer mujeres? *Trompe l'oeil*. El habla divaga sobre el arroz, un tipo de arroz, una preparación de comida que parece tener cierta sofisticación, una receta de cocina que suena absurda y por lo tanto cómica, ¿qué sabe esta habla?, me pregunto. Sabe de comidas, de nutrición, como sabemos las mujeres socializadas en alimentar a otros, nutrirlos bien para que estén sanitos. “Lección de cocina”, me digo con Rosario Castellanos: lo crudo y lo cocido. Alimento de hijxs sanitxs para el sistema patriarcal, para alimentar su violencia. Suena ridículo el discurso paródico de una escena normalizada para las mujeres. El habla no se detiene, serpentea, divaga sobre tópicos, al parecer, banales. La directora la persigue con el foco

teatral en la mano, alumbrándola para la escena que es móvil. Todo el espacio puede ser el territorio para actuar, para arrojar a este cuerpo travesti de proporciones enormes en nuestras fauces, quienes esperamos ansiosxs a la “Vienen por mí”. Somos nosotrxs lxs que venimos por ella, todxs queremos saber del habla travesti, la evaluamos, la tasamos, desbordamos, vigilamos, despostamos, cercamos, asaltamos, perturbamos, violentamos, nos la tragamos. Ella se nos extravía en lo que monta como habla destrabada, política, chúcara, de medio pelo, irónica, filosófica, burlona, denunciadora, funadora. De pronto se detiene en seco frente al público con un texto de una página, la hoja de papel está forrada en plástico duro. Lee con voz pausada, solemne, como para un evento público: “Daniel Zamudio...” El crimen de odio homosexual es narrado en sus detalles, fechado, descrito, nombrado hasta el cansancio en su mutilación y tortura para la muerte. Termina de leer, dice “Silencio”. Sí, el silencio pesa frente a la “Vienen por mí” que nos desafía en su denuncia. Este acto se repetirá en tres ocasiones durante su representación. Es el punto álgido, el público hace silencio religioso. No, esto no es comedia, ni parodia, ni ironía, es acto político que rememora sucesos de muerte a mansalva que no acaban. Es un latigazo a nuestros olvidos y amnesias. La segunda lectura será el crimen de odio lesbiano perpetrado en Nicole Saavedra y la tercera en Diana Sacayán, crimen de odio trans castigado, penalizado. ¿De qué sirve el castigo de la ley, me pregunto, nos consuela/calma la ley Zamudio, ley que es ella misma la perpetradora? Cada texto leído expone la ferocidad de las muertes de sujetos abyectos, anómalos a manos de hijos sanos del patriarcado. Estas lecturas políticas-dramáticas contrastan con el habla que irrumpe y escenifica la política paródica que la perseguida, acosada, vigilada monta para nosotros. Se describe a sí misma irónica con adjetivos que retratan a una histérica, –psicoanálisis freudiano mediante–, a una alterada mental, o a una enferma de los nervios, la patología de las travestis, de las mujeres. Claro, si “Vienen por mí”. Así la vemos, la retratamos. Me río con estas entradas y al reírme de este modo, me río trágicamente de mí misma, lo especular. Una representación que no perdona. Otra partitura irrisoria tiene lugar cuando la perseguida monta una escena estilo *new age*. Recita el mantra budista

repetidamente: “Om mani padme hum” y en ese gesto deconstruye el lugar de las burguesas en búsqueda para lograr la supuesta armonía espiritual; me río otra vez de mí misma, de esa tentativa de creer. *Esa increíble necesidad de creer*, al decir de Julia Kristeva. Leo la vulnerabilidad. Lxs que penamos, lxs que nos dolemos, lxs que bregamos en el filo de la vida y su corte para equilibrar este caótico vaho neoliberal, racista, clasista, genocida, patriarcal. Resulta irrisorio porque tal vez su inutilidad es tan evidente, pero es moneda corriente, circula de mano en mano en el mercado. La burlería respecto de ciertos mecanismos nombrados como femeninos, llega al paroxismo: lee una carta en la que se recitan, a modo de confesión, los esfuerzos obsesivos por complacer y agrandar a los demás, a las amigas, a la pareja, a lxs cualquiera, un gesto que alguien llamaría histérico, un gesto sexual en el límite; agotador gesto de vulnerabilidad y exposición frente a los otrxs, quienes nos construyen y en el mismo gesto nos deshacen porque el lazo social patriarcal opresor cae como peso muerto. La voz de la directora interrumpe el desborde de la “Vienen por mí”, pero la llama Claudia, la vuelve al orden, a la medida, la interpela. El nombre propio dibuja una zona autobiográfica. Cómo era Claudia cuando era otro, de dónde era y el modo en que resistía la camisa de fuerza masculina se dibuja inquietante. El foco de luz persigue a la “Vienen por mí”. En un gesto violento desgarrar el vestido y deja al desnudo, expuestos, los pechos gigantes, caídos, con sus pezones oscuros, pequeños, asomándose a nuestros ojos que examinan ese cuerpo abierto en una zona que concita imaginar a las feministas de mayo-junio 2018. Cuerpos políticos abiertos para la lucha contra la violencia sexual. La “Vienen por mí” nos arroja sus senos caídos. Han experimentado la lactancia, pienso. Me quedo allí, embobada en ellos, sin oír su habla. Son pechos de los que ha manado la leche nutricia, imagino. Pero no, ¿es que la “Vienen por mí” oculta/evidencia la maternidad, es la madre/virgen/no madre enclosetada? Me revuelve la experiencia de la travesti que representa un simulacro de lo femenino reproductor, que engaña, nos engaña, se engaña, como nos engañamos todas en este paso identitario vano, en vano porque no hay fijeza posible sino resistencia inacabable ante esa fijeza aplastante. No hay norma sexo-género que resista

estos senos que nacen de pronto ante nuestros ojos y se vuelven todo el cuerpo, son el cuerpo en devenir, cuerpo metamórfico políticamente perturbador. En los pechos al aire resuena el discurso sobre el sexo que le lloran los hombres, su voz se vuelve denunciadora de una escena feble, precaria. El pene, esa hilacha colgante, se deshace ante la potencia travesti de pechos al aire, porque ella sabe más que el macho, le puede dar lección. Desajuste provocador. La “Vienen por mí” está bien armada, como la Manuela, travesti de *El lugar sin límites*, novelita donosiana inolvidable, de amar. Sí, pero esta es una genealogía obturada, silenciada que pareciera no tener lugar sino en el montaje de la escena, de las escenas múltiples, calladas. Esta, sin embargo, aparece bocona al vilipendiar al macho y su representación burda, su deseo anómalo oculto que disfraza en las calles con sus ternos y corbatas oscuras, hilachas colgantes. “Vienen por mí” conmueve, satisface nuestro anhelo de más Claudia Rodríguez, altera el rostro espectador, abre la risotada de la boca abierta, escuece la piel, amorata los ojos que escuchan la muerte a mansalva, el rojo sangre del crimen de odio. Ese furor del cuerpo/ habla travesti desmesurada actúa como una provocación teatral múltiple, no hay comienzo, ni centro, ni final puesto que no acaba, no en ese grito, eco que denuncia lo que la cubre y la asedia, una persecución interminable: ¡Vienen por mí!

# VIENEN POR MI

una obra de Claudia Rodríguez



Dirección: Andrea Freund Producción: Patricia Ruiz  
Asist. Producción y medios: Daniela León Diseño gráfico y audiovisual: Jangel Mota

2018